

» secular: todo pide una reforma general en los eclesiásticos, á fin de que pueda corregirse la gran corrupcion de costumbres que reina en los legos. Por lo tanto, es necesario pedir á Nuestro Señor dé á su Iglesia un gefe que tenga algo mas que la prudencia y el saber de los hombres; pues es preciso que esté lleno del espíritu de Dios y de gran celo por su gloria; que esté absolutamente libre de todo humano compromiso y sea incapaz de obrar por consideraciones humanas. Si por desgracia llegásemos á tener un Pontífice cuya consideracion no fuese esclusivamente la gloria de Dios, el cielo no le asistiría, y nosotros iríamos caminando de mal en peor.

» La oracion es el poderoso recurso para remediar tamaños males. Por mi parte no solo he impuesto á toda mi pequeña sociedad la obligacion de orar con mas fervor que nunca por la eleccion del nuevo Pontífice, sino que he mandado á todo el clero secular y regular de mi diócesis, decir en la misa la colecta *pro eligendo summo Pontifice*. He aquí, pues, la mejor opinion que puedo tener y el consejo mejor que os puedo dar en los presentes asuntos. Yo mismo me dedico á la oracion varias veces al dia; pero ¿qué pueden mis débiles plegarias? Toda mi confianza está en los méritos de Jesucristo y de la Santísima Virgen María, de quien espero que antes de mi muerte (que segun mi edad y achaques no debe estar muy distante), me será dado ver consolada la Iglesia.... Yo tambien deseo, asi como V. Emma, ver la reforma de todos los presentes desórdenes; y sobre este particular me ocurren mil pensamientos que me atreveria á publicar, si mi propia miseria no me advirtiese que no me compete meterme á reformar el mundo entero. Desearia que el Papa futuro (supuesto que hoy faltan gran número de cardenales), no eligiese mas que sugetos igualmente dignos por su doctrina y por su celo, y que al dar cuenta de su exaltacion á todos los prin-

cipes, les insinuase que nunca le presentaran para el cardenalato sino hombres de una piedad y doctrina muy notorias.

» Desearia que usase de firmeza en no conferir beneficios á los que están ya suficientemente provistos de otros, segun el decoro que exige su estado; que impidiese el lujo de los eclesiásticos, y que procurase no dar nunca beneficios mas que á los que han servido á la Iglesia, y no á personas que carecen de méritos.....

» Desearia que fuese muy severo en la eleccion de obispos, y que mandase tomar previamente exactos informes acerca de su vida, doctrina y capacidad para gobernar una diócesis; pues de los primeros pastores es de quien depende principalmente el bien de la Religion y la salvacion de las almas...

» Desearia tambien que el futuro Pontífice tuviese mucha reserva en conceder ciertas gracias que perjudican á la conservacion de la disciplina, como permitir á las religiosas salir de sus conventos para ir á ver ciertos objetos de curiosidad en el siglo; que no conceda, sino con mucha dificultad, secularizacion á los religiosos á causa de los mil inconvenientes que trae consigo; y por último, que reduzca á todos los religiosos á la primitiva observancia de las principales reglas de su instituto.

» Parece haber dicho lo bastante para molestar vuestra atencion, y ya no me resta mas que rogar á Dios para que nos dé un pastor lleno de su espíritu.»

Justas consideraciones de delicadeza nos imponen el deber de no citar mas que una parte de esta carta tan notable; mas lo que acabamos de copiar basta para dar una idea de este precioso monumento del celo del santo obispo, que se atrevió á proponer una reforma tan general, descubriendo con tanto valor todas las lagas de la Iglesia para las cuales indicaba al mismo tiempo el remedio.

Clemente XIV proclamó la santidad de va-

rios venerables personajes: por una parte beatificó el 13 de mayo de 1772 á Pablo Burali, clérigo reglar teatino y cardenal, llamado de Arezzo, por haber nacido en esta ciudad, en el reino de Nápoles; y por otra, caonizó á Francisco Carracciolo, fundador de los clérigos reglares menores.

El mismo Pontífice en doce promociones creó diez y siete cardenales. Hemos hablado ya de un hermano del marqués de Pombal, que murió en Lisboa algunos dias antes de su nombramiento. Citaremos tambien á Mario Marefoschi, á quien el Papa honra con su

confianza: Juan Bautista Rezzonico, sobrino de Clemente XIII, á cuya familia devolvió con este nombramiento, segun costumbre, el capelo que de ella habia recibido; Carlos Antonio de La Roche-Aymon, arzobispo de Reims, limosnero mayor de Francia, ministro de Estado, que murió en 1777; Leopoldo Ernesto de Firmian; y Juan Angel Braschi, cuya elevacion al soberano pontificado debió dar á conocer á Alfonso de Ligorio que el Señor realizaba sus deseos, dando á la Iglesia un Papa dispuesto á remediar todos los desórdenes y á procurar todo el bien posible.

LIBRO DÉCIMO.

(NONAGÉSIMO QUINTO.)

Desde la muerte de Clemente XIV en 1774, hasta la de los principales gefes de la filosofía (1778.)

DESDE la estirpacion del arrianismo y la estincion de las guerras civiles suscitadas por la supuesta reforma de Lutero y de Calvino, la Europa cristiana gozaba, no obstante la revolucion del jansenismo, del triunfo de una Religion robustecida por las contrariedades, y que parecia tomar nuevo esplendor por el brillo de los grandes talentos que la habian defendido y de los insignes Pontífices que gobernaban la Iglesia (1). Pero un nuevo sistema de impiedad,

(1) *Historia civil, politica y religiosa de Pio VI. escrita sobre Memorias auténticas, por un francés católico romano, p. 57-64.*

nacido de la corrupcion de las costumbres y del orgullo de la falsa sabiduria, despues de haber fermentado sordamente desde principios del siglo XVIII en ciertas clases de la sociedad, fué cundiendo poco á poco de una á otra, á favor del desenfreno general que siguió al desbordamiento del lujo y del libertinaje desde el tiempo de la regencia. Bien pronto á mediados del mismo siglo, este sistema de ateismo, cubriendo por de pronto sus asquerosas facciones con una máscara menos horrible, se presentó con confianza adornado con el grato nombre de tolerancia y de humani-

dad; y por último, alentado con el proselitismo que había adquirido, se manifestó bajo la forma de *libertad de pensar y odio al fanatismo*; es decir, á toda religion. Finalmente, ese espíritu de odio, que es el sentimiento distintivo y verdadero carácter de la impiedad, se mostró con audacia contra todas las opiniones religiosas y verdaderamente humanas, y fuerte ya con tan gran número de partidarios, llegó á ser una secta en forma, un partido de oposicion en el Estado, bajo el imponente título de *Filósofos*. Así la Religion cristiana, que es la *filosofía del amor*, iba á ponerse en lucha con la *filosofía del odio*, y como la primera estaba basada en la caridad, su enemiga no podia triunfar sino por el completo trastorno del género humano.

Las armas que esta secta altiva y rencorosa empleó así que conoció sus fuerzas, anunciaban claramente la intencion de destruirlo todo para reinar sobre ruinas. Apenas apareció, cuando los errores, las mentiras, las injurias, las calumnias, los absurdos, torrentes de hiel y de blasfemias y de difamaciones se difundieron con ella por todas partes. Atacaba las verdades santas y morales como preocupaciones supersticiosas, y los principios políticos como máximas de tiranía. Los apóstoles de la destruccion y de la nada fundaban su imperio sobre el caos y el vacío de las opiniones.

En esta liga antisocial, los nuevos sectarios se distribuían los papeles segun sus talentos ó pretensiones. Los unos, diestros en esgrimir el sofisma, escribían obras cuyo fondo era la irreligion; otros, de un estilo mas ligero, insinuaban la impiedad por la seduccion de las pinturas lascivas: estos deslumbraban con el lujo de máximas filantrópicas, que no suplían á la caridad sino para destruirla; aquellos procuraban intimidar con el cuadro del fanatismo, que nunca separaban de la Religion. Si se dirigían á espíritus graves, tomaban el tono del método y de la reflexion,

y cuando hablaban á espíritus superficiales, les presentaban agradables imposturas. A manos llenas sembraban por todas partes dudas, que el hombre sencillo no se hallaba en el caso de resolver, y el arma del ridículo acababa de dar al traste con los que habían podido resistirse á la sutileza de los falaces raiocinios. De todo se echaba mano para conseguir el deseado objeto. Poesía, novelas, elocuencia, historia, erudicion, diccionarios, periódicos, todo era un conductor á propósito para aquella ponzoña sutil y corruptora. Hasta en los teatros, y á vista de la policia y con su aprobacion, resonaban estas máximas sediciosas, á las cuales aplausos frenéticos, seguidos siempre de los de la multitud, parecían dar una sancion nacional.

Así es como los gobiernos, creyendo animar á los enemigos del fanatismo, protegían las tramas urdidas contra la Religion, y por consiguiente contra ellos mismos. Todos los gérmenes de independenciam fermentaban en el espíritu de los pueblos. El vértigo de la impiedad va necesariamente adherido al de la revolucion; y este doble vértigo estaba en casi todas las cabezas, y la venda de la ceguedad sobre la frente de los reyes.

A medida que la irreligion hacia estremecer los altares, se iban desatando ó rompiendo todos los vínculos que unen al hombre con sus deberes. Véase caer hecho pedrazos todo el cimiento del edificio social. Las sociedades europeas eran representadas como un innoble tropel de hombres ignorantes y encorvados bajo el yugo de los sacerdotes que les engañaban y de los príncipes que los oprimían. La armonia de estos dos poderes, religioso y civil, no era, segun estos filósofos, mas que una liga formada contra la libertad y la humanidad. Los filósofos decían á los pueblos: «Los reyes son unos meros comisionados vuestros, á quienes podeis destituir cuando querais (1).»

(1) *Ensayo sobre el despotismo.*

Decían á los individuos: «Entregaos á vuestros apetitos; la virtud es una quimera, y la vida futura un engaño (1).»

Verdaderamente, no podia menos de ser un espíritu de odio contra el género humano, el que, estirpando las profundas raíces de la Religion, abría al mismo tiempo el abismo de la anarquía.

¿Quién ignora, en efecto, que las leyes nada valen sin las costumbres, y que estas no pueden existir sin la Religion? ¿Cuántas veces no se ha dicho que entre los crímenes hay muchos que se sustraen á la accion de las leyes, y que no hay ninguno del que la Religion no sea juez? Los legisladores humanos no han reducido á preceptos mas que los simples deberes, y esa inmensa armazon denominada *leyes civiles* deja millares de vacíos por todas partes; vacíos que solo la Religion puede llenar. ¿Cuántas son las violaciones de las costumbres domésticas, cuántos los vicios secretos y acaso públicos, cuántas las acciones reprobables que no tienen castigo sino en esa vida futura que el filosofismo ha intentado aniquilar, que un sentimiento interior anunciaba á los mismos filósofos del paganismo, que es de fé natural y de que una revelacion secreta habla continuamente al corazón del hombre!

«Con los mejores principios no puede la filosofía, decía J. J. Rousseau, hacer ningun bien que la Religion no haga mucho mejor, y la Religion hace muchos que la filosofía no puede hacer.»

Tal es la fuerza de la Religion cristiana, que al sostener las costumbres sostiene tambien las leyes y los gobiernos. Independientemente de su divino origen, todas las consideraciones políticas aconsejaban su conservacion. Ella sola mandaba inspirando y hacia de la obediencia un sentimiento; ella sola unía á los hombres con los vínculos de la caridad; su centro era tambien el del Estado, y las columnas

(1) *Sistema de la naturaleza.*

de una y otro estaban cimentadas en una misma base.

En vano los enemigos de esta Religion santa repiten que su moral es la misma que la de las otras religiones; si así es, respóndannos: ¿cuál otra Religion prescribe el perdón de las injurias, cuál la que á la victima inocente manda orar por sus perseguidores y verdugos, cuál la que ha salvado al hombre de sus propios furros, de la desesperacion y del suicidio? ¿Qué otra Religion anuncia mas altamente, y prueba de un modo mas positivo, una providencia en todos los acontecimientos de este mundo? ¿Cuál otra ha establecido de un modo mas terminante nuestros deberes para con nosotros semejantes y ha reunido todos los estados sin confundirlos? ¿Cuál otra la que del trabajo, de la fidelidad, del valor y de la obediencia ha hecho otros tantos actos de piedad en la vida presente, y otros tantos derechos á la recompensa de la vida futura? ¿Cuál otra tiene la gloria de haber hecho desaparecer los horrores del despotismo, el espectáculo de la esclavitud, el desprecio de la humanidad, y toda la ferocidad de las costumbres paganas? No, ninguna hay que en cuanto á bienes hechos al mundo, pueda entrar en paralelo con la Religion cristiana. «Nosotros, como confiesa Montesquieu, la debemos en el gobierno un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes desconocido antes de ella y al cual la sociedad nunca se mostrará demasiado agradecida.»

Si á este pequeño cuadro de los beneficios de la Religion, añadimos que su culto formaba parte de nuestra antigua constitucion; que sus preceptos tenían en el Estado fuerza de leyes civiles; que sus ministros tenían derechos y un patrimonio, y que un estrecho vínculo unía por todas partes al cristiano y al ciudadano, será preciso convenir en que era imposible atacar á la Religion sin causar un trastorno en el orden público, sin atentar con

tra el reposo del Estado y contra la felicidad de los pueblos. De aquí se deduce que el filósofo que dogmatizaba, era enemigo de Dios, y que el enemigo de Dios no podía menos de serlo de los hombres y de la sociedad.

La impiedad es quien ha producido la revolución; el trono se ha arruinado con el altar; la apostasía y la anarquía se han dado la mano y se han sentado sobre las ruinas del altar y del trono. Así que los filósofos se hicieron dueños del poder, se vió con toda claridad lo que podía esperarse de su humanidad y de su libertad. Su libertad oprimió á todo el mundo; su humanidad se bañó en torrentes de sangre humana. No se atreven ya como en otro tiempo á declamar contra las guerras del fanatismo, desde que sistemática y friamente han especulado con los asesinatos, los degollamientos, los latrocinios, los incendios y una vasta despoblación, para mayor gloria de la filosofía. Diez años de la dominación discreta y humanitaria de los filósofos han sobrepajado en carnicería y ruinas á siglos enteros de la ferocidad más ignorante y bárbara. La Europa, tan alumbrada con los resplandores filosóficos, se ha visto repentinamente removida en sus antiguos fundamentos, y las naciones, asombradas de su propio vértigo, se han preguntado por qué fatalidad han venido á hacerse tan diferentes de sí mismas.

Pero otra cosa debe admirarnos más que el vértigo popular, y es el vértigo de los gobiernos, tantas veces advertidos de las tramas de la filosofía, y que no por eso han dejado de abrigar en su seno la serpiente que á todo su placer buscaba el lugar del corazón para picarle con más seguridad.

La filosofía había penetrado en el consejo de los príncipes, y no ocultaba ya su proyecto de sentarse á su lado en el trono. Los magistrados, seducidos por sus promesas, embriagados con sus elogios, cerraban los ojos á todas las tramas de esa conspiración, ó no oponían más que una débil resistencia á

sus cotidianas invasiones. Ya se veía aparecer impunemente un folleto que preconizaba el regicidio; y de diez soberanos que murieron al principio de la revolución, cuatro por lo menos fueron víctimas de esta doctrina filosófica: ya se recompensaba largamente al arzobispo de Tolosa, autor de cierto plan de reforma eclesiástica, y la ruina de la Iglesia fué la consecuencia de la misma doctrina. Los bienes del clero excitaban la codicia general; su expropiación era eterno asunto de discusiones académicas, políticas, económicas, de las oficinas enciclopédicas y de los gabinetes de casi toda la Europa católica. Ensayábanse en las órdenes religiosas las armas que luego habían de esgrimirse contra el clero secular, á fin de elevarse en seguida hasta el trono temporal del Soberano Pontífice, en el que la filosofía quería asentar su triunfo.

Estas reflexiones caracterizan la época en que se abrió el cónclave para dar un sucesor á Clemente XIV.

Desde el día de su apertura, que tuvo lugar el 5 de octubre de 1774, se pusieron en acción dos grandes partidos, el de las Coronas y el de los Zelanti, llamados así por su celo en sostener el honor y la independencia del Sacro Colegio.

Al frente de estos últimos últimos figuraban los cardenales J. B. Rezzónico, sobrino de Clemente XIII, los dos Colonnas, Castelli y Buffalini (1). A la cabeza de los otros estaban los dos ministros de España y Francia, Floridablanca y Bernis.

El de las Coronas tenía contra sí el número y el talento de sus contrarios, y era preciso toda su preponderancia política y la alta capacidad de sus agentes diplomáticos para asegurar su triunfo.

Los Zelanti propusieron por de pronto á Marco Antonio Colonna, luego á Castelli, y

(1) *Historia de Pio VI*, p. 21-23.

después á Boschi. Colonna era un hombre distinguido por su cuna, talentos y virtudes, que poseía hasta la austeridad. Pensó ser elegido desde los primeros días, pero se tuvo por conveniente esperar la llegada de los cardenales extranjeros. Castelli era un entusiasta, cuyas cualidades, por otra parte amables, merecían por su demasiada obstinación. Boschi, de un carácter dulce é insinuante, se hallaba á su pesar comprometido en el bando de los Zelanti por haber firmado el famoso breve contra el infante de Parma.

Los del partido de las Coronas estaban igualmente divididos.

La España presentaba á Palavicini, pariente de su primer ministro el duque de Grimaldi; era un hombre de carácter tan modesto, que al fin declaró formalmente que no aceptaría la tiara.

La corte de Viena favorecía á Visconti que había sido nuncio cerca de ella.

La de Francia ponía los ojos en Braschi, á quien los cardenales Bernis y Giraud sirvieron con un celo que no se desmintió un solo momento.

La España y el Austria no abandonaron á sus protegidos sino cuando se convencieron de que obstinándose en sostenerlos iban á perder su influencia en el cónclave, y por lo tanto á favorecer, contra sus intereses, la elección de los Zelanti. La España fué la primera en adoptar esta marcha, y Floridablanca y Bernis acabaron de convencer al embajador imperial. El cardenal Zelada negoció con su acostumbrada destreza, allanó las dificultades que se presentaban, recordó á los Zelanti que Braschi tenía interiormente las mismas intenciones que ellos, é hizo esperar á los agentes de las Coronas que obraría de acuerdo con ellas.

Así preparadas las cosas se procedió el 14 de febrero de 1775 al escrutinio definitivo, y el cardenal Braschi reunió todos los votos. Tomó el nombre de Pio VI: admiráronse de es-

ta circunstancia, pero la esplicó diciendo: «que como Pio V era el último de los Pontífices que la Iglesia había puesto en el número de los Santos, él quería seguir sus huellas por ver si conseguía llegar á la dicha de que aquel gozaba.» ¿Podía preveer que llegaría á ella por medio del martirio?

Juan Angel Braschi nació el 27 de diciembre de 1717 en Cesena, ciudad de la Romagna (1). Sus padres eran pobres, pero de antigua y noble alcurnia. Braschi no tenía necesidad de mendigar lustre de ninguna parte: por su mérito podía ser el primero de su familia, y por su nacimiento iba al par con las más antiguas.

Disposiciones naturales y aventajados estudios, le prometían felices resultados en todas las carreras. Abrazó el estado eclesiástico por ser el más análogo á su inclinación y estar más en acuerdo con los secretos designios de la Providencia. En efecto, esta Providencia que iba á derramar sobre su Iglesia la copa de sus venganzas, aun no había agotado para ella los tesoros de su misericordia. En tanto que un espíritu de vértigo iba cundiendo por las naciones y embriagándolas con ilusiones quiméricas ó culpables esperanzas, iba creciendo un niño en una pequeña ciudad de Italia, un niño que algún día debía oponer al torrente de irreligión su doctrina, sus costumbres y el Evangelio... Este niño era Braschi.

Sus padres le enviaron con oportunidad á Roma, tanto para que completara su educación en esta capital de las bellas artes y de la Religión, como para procurarle en el cardenal Ruffo un guía y protector ilustrado.

Admirándose el cardenal de la rara belleza del joven Braschi y mucho más aun de verla unida á un talento tan precoz y tan ejemplar discreción, predijo la alta fortuna que le esperaba, y le colocó de secretario al lado de Benedicto XIV, uno de los más eminentes

(1) *Historia de Pio VI*, pág. 11-18.